

misterio, y cuando la vio comprendió que lo había descubierto y se creyó salvado.

Entonces, por medio de una mirada rápida y ansiosa le preguntó: ¿Cuál? Ella lo comprendió como si lo hubiera dicho en voz alta desde el circo. No había un instante que perder. La pregunta había sido hecha en un abrir y cerrar de ojos, asimismo debía de ser dada la respuesta.

Ella tenía apoyado el brazo derecho en la encojinada barandilla. Alzó la mano ó hizo un movimiento violento y casi imperceptible hacia la derecha. ¡Sólo su amante lo vio! Todas las miradas, ménos las de él, estaban fijas en él.

Se volvió, y con paso firme y rápido atravesó la arena. Los corazones suspendieron sus latidos, cada cual retuvo su aliento, y las miradas de todos se clavaron en el joven. El, sin la menor vacilación, llegó á la puerta de la derecha y la abrió.

El nudo de esta historia, es éste: ¿Fue el tigre el que salió por aquella puerta ó fué la novia?

Cuanto más lo pensamos, más duro se nos hace responder. Esa pregunta envuelve un estudio del corazón humano que conduce á un laberinto de pasiones, del cual es difícil encontrar salida. Pensad, lectora amable, no como si dependiera de vos misma la decisión, sino de esa ardorosa, semi-bárbara princesa, cuya alma había sido llevada al rojo blanco al calor de la desesperación y de los celos. Ella lo había perdido; pero ¿de quién habría de ser?

¡Cuántas veces, en sus sueños y en la vigilia, se había estremecido de horror y se había ocultado el rostro entre las manos, al pensar que su amante abría la puerta tras la cual aguardaban las crueles garras del tigre!

Pero ¡cuántas veces, también, se lo había imaginado ante la otra puerta? ¿Cómo había apretado los dientes y se había arrancado el cabello al verlo estremecido de gozo al abrir la puerta de la novia? ¿Cómo había sentido agonía al pensar que él avanzaba hacia la mujer, embellecida aún más por el rubor y la alegría del triunfo, y cuando pensaba en que él la conducía, sintiendo todo su ser encendido en el gozo de la vida recobrada, y cuando creía escuchar la grito de la turba y la loca resonancia de las campanas, y creía ver al sacerdote rodeado de la alegre banda, dirigirse á la pareja y hacerlos marido y mujer á sus propios ojos, y se imaginaba verlos alejarse juntos por el sendero de flores, animados por los ruidosos aplausos de la multitud, en cuya algazara se perdía ahogado su grito de dolor y de desesperación!

¡No era preferible que él muriera de una vez y fuera á guardarla en las celestes regiones de un semi-bárbaro más allá?

Ah! Pero ese tigre feróz, esos gritos, esa sangre!

Su decisión la indicó ella en un instante, pero no había llegado á ella sino tras días y noches de angustiosa meditación. Ella sabía que él le preguntaría, había decidido cuál sería su respuesta, y, sin vacilar, había movido la mano hacia la derecha.

La cuestión de cuál fué su decisión no es asunto fácil de resolver, ni presumo yo ser capaz de darle solución. Resolved vosotras, lectoras: ¿Quién ó qué salió por aquella puerta—la novia ó el tigre?

F. R. STOCKTON.

ABNEGACION.

Atraveso este valle de la vida Sonriendo amargamente, Con el cuerpo cansado, el alma herida, ¡Abatida mi frente! Sólo encuentro un alivio á mis pesares, En la dulce oración; Ella endulza lo amargo de mis males Y calma mi aflicción; En este mundo de miserias lleno, Todo es farsa, ficción, ¡Pues en la vida humana hay tanto ceno, Que seca el corazón!

Por eso de ese mundo yo alejada En humilde retiro; Hacia el cielo levanto mi mirada: ¡A ese mundo lo olvido! Esperando el momento que ansío tanto En que deje esta vida, Y vaya á recibir el premio santo Al fin de la partida!!!

LO QUE ES EL AMOR.

CUENTO.

ERA en Roma, no la Roma actual, sino la gran ciudad de los Óscares. En la época en que tiene lugar nuestra narración, el amor puro, el amor verdadero había tenido que emigrar fuera de la ciudad, donde sólo se apreciaba por el valor de los diamantes y ricos presentes con que el amante obsequiaba á su adorada, quien le correspondía á su vez con no ménos ricos presentes: entonces se aseguraba que se amaban mucho.

Tal era Roma, y tales sus costumbres! No lejos del retiro en que se albergaba el amor habitaba en una preciosa quinta la bella Teodosia, cuya hermosura había sido cantada por todos los poetas de la época. Teodosia quedó viuda tres meses después de su matrimonio, que cual todos los de su época, se hiciera por conveniencia de capital y familia. A causa de su estado de viudez había determinado retirarse al tranquilo palacio que poseía en las afueras de la gran metrópoli.

A corta distancia de este santuoso retiro vivía en otro no ménos lujoso el Príncipe Roderio, cuya belleza, riqueza y nobleza en nada eran inferiores á la de la linda Princesa, su vecina. Cansado del bullicio de la Corte, y amante de la independencia, decidió alejarse de aquel centro de corrupción, donde todos los jóvenes se disputaban su amistad; pero él sabía que en el fondo aquellas amistades no eran sino el pretexto para explotarle, á la vez que le arrastraban al vicio y á la depravación, que eran tan odiosos.

con un tono no tanto ingenuo, y dirigiendo á la Princesa miradas que la hicieron ruborizar, sin darse ella cuenta de semejante fenómeno. —Es un obsequio tan sencillo, que creo no dudareis en admitir de mí—dijo Roderio. Y dirigiéndose al vendedor le preguntó: —¿Cuál es su precio? —Ninguno, yo se la regalo á la Princesa, y la ruego que la admita; tiempo llegará en que me considere pagado. Voy á enseñaros su uso. Tendreis que adquirir seda como esta muestra—la dijo, mostrándole una hebrita de seda de color azul precioso—la devanais en esta lanzadera, y cuando esteis sola hareis un nudo como éste—dijo—haciendo uno cada vez que penseis en la persona hacia la cual tengais más amistad. Esto os permitirá demostrar á esta persona cuánto habais pensado en ella con sólo mostrarla los nudos hechos ¡ya veis que es una distracción bien inocente!

Teodosia ensayó á hacer uso de tan especial objeto, consiguiendo con gran facilidad la perfección más completa en los nudos que el mercader le había enseñado á ejecutar hábilmente. —Ahora—dijo éste—justo es que tambien haga un regalo al Príncipe. Y sacando de una caja varias tablas enceradas y un punzon, los mostró al Príncipe diciéndole: —Nos tendreis seguramente personas por las que sentireis gran amistad; cuando estas personas estén ausentes, escribíreis en estas tablas las ideas que vuestra amistad os inspire; y ahora, adios, hasta dentro de un año que os veré en Roma.

Apénas hubo partido tan extraño mercader, Roderio partió á una cacería y Teodosia quedó sola; deseosa de recibir el aire fresco de la tarde, salió á pasear por sus jardines. Los ruiseñores cantaban. . . se detenía nuestra Princesa, y en un instante de arroboamiento se puso inconscientemente á hacer nudos en la madeja de seda que llevaba en la mano: pasados algunos momentos, continuó su interrumpido paseo, y vió dos mariposas que á los últimos rayos del sol poniente revoloteaban, acercándose y acariaciándose; este espectáculo la distrajo mucho. . . pero en su distracción continuaba andando la hebra de seda, que no dejaban sus dedos. A algunos pasos de distancia divisó un encantador grupo de tórtolas que unían amorosamente sus picos: á la vista de este nuevo grupo se distrajo y perdió de vista á las alegres mariposas, que siguieron revoloteando hasta posarse en una flor, pero Teodosia ya no las veía; su atención toda la ocupaba el delicioso grupo de tórtolas; y en su abstracción continuaba anudando la frágil hebra, que no se separaba de sus manos. ¿En quién pensaba?

Al regreso de Roderio la madeja entera estaba llena de nudos. Ella le preguntó por la caza; pero ésta era sumamente escasa. ¡Había invertido todo el tiempo en escribir en las tablas que le diera el mercader! Así pasaron los días, y el año de término que les dió el comerciante iba á tocar á su fin, sin que ni él ni ella se olvidasen, de escribir él, y de andar ella en los momentos de ausencia. Mientras tanto el plazo espiraba. Un día llegó en que se presentó á los Principes el mercader, y les invitó á acompañarle á Roma. —¿Por qué salir de aquí?—replicó Teodosia.—¡Estamos también así! —Pero las noches son tan largas. . . objetó el mercader. —¡Ah!—respondió Teodosia—es el mejor tiempo del año; además, Roderio ya no va tanto de caza. . . —Segun eso, hareis hecho muchos nudos. —No he cesado un instante en sus ausencias. —¿Y las tablas, Príncipe? —No hay ya ni sitio para escribir una palabra. El mercader vió los nudos, los contó, y despues leyó las tablas, en las que vió pensamientos elevadísimos.

—Pues bien; ahora yo voy á enseñaros para qué sirve esto—dijo, señalando la rueda y las tablas.

Y en el momento el aire, que era frío, se templó, los pajarillos salieron de sus nidos y empezaron á gorjear alegremente, y las plantas del jardin se cubrieron de exuberante verdor y multitud de flores. —¡Qué milagro es este?—dijeron á la vez Teodosia y Roderio. —Significa que no existe el invierno para los que bien se aman. Teodosia y Roderio se miraron; pero su sorpresa fué mayor cuando vieron reunirse en las manos del mercader todos los nudos que con las suyas había fabricado Teodosia, y formar una red que, extendiéndose, envolvió á los dos amigos.

El mercader á su vez se trasformó tomando una forma encantadora. —¿Quién sois vos?—dijo Teodosia temblando. —Soy la amistad—dijo el amor. —¿La amistad?—replicó Teodosia. —Sí—contestó el dios—soy la única verdadera amistad que puede existir entre el hombre y la mujer; así es como se consigne ser dignos del amor, así es como se llega al amor puro y santo que para siempre ha huido de aquella ciudad—dijo, señalando hacia Roma.—Ahora, sed esposos, aumentad vuestra felicidad, apretad las mallas de esta red que con el menor esfuerzo se rompe y que con el amor conseguireis unir: en cuanto á mí, no os abandonaré jamás. Teodosia y Roderio se unieron y fueron felices durante el resto de su vida. En cuanto al Amor, nunca se separó de ellos, haciendo de esta adorable pareja el encanto y la admiración del pueblo romano.

INES B.

PRIMAVERA.

Comenzaba á reír la primavera Cuando, por vez primera, Casi niños los dos nos conocimos; Y llegaron las horas venturosas Que, abiertas con las rosas, Orecieron á la par con los racimos. Radiaba de su cándida belleza Aquel fulgor que empieza A derramar el sol en la alborada, Que, al sonrosar la juventud naciente, Es rubor en la frente Y rayo de pasión en la mirada. Yo la dije mi amor el primer día, (Que entónces no sabía Ahogar el corazón dentro del pecho), Vagando por las sendas arboladas Y frescas enramadas Donde se eleva su paterno techo. Ella oyó mis palabras indecisa, Mas su dulce sonrisa Trocó de pronto en gravedad severa; Y tomando un camino sombreado, Se alejó de mí lado Desdeñosa, es verdad, pero hechicera. ¡Oh, qué interno y cruel remordimiento Nubló mi pensamiento! Juré, inocente, mi futura enmienda; Y, hundido de mi culpa en el abismo, Hayendo de mí mismo, Tomé del bosque por contraria senda. ¡Desengaños de amor! ¡de las pasiones Amargas decepciones! ¡Cómo desmaya el corazón herido! ¡Cómo en torno parece que se sienta Un sollozo doliente Que se estrella perenne en el oído! ¡Ah! ¡por qué fui con ella tan osado? Decía despechado. ¡Por qué no supe respetar la calma De su inocente juventud dormida, Y al lago de esa vida Como una piedra desplomé mi alma? Y vagaba, vagaba á la ventural Como en la selva oscura A ve extranjera demandando abrigo, Cuando al doblar la senda tortuosa, ¡Casualidad dichosa!

deshace dulcemente de sus hijos que le asediaban hambrientos y huye de su casa como un insensato, internándose en un bosque de las cercanías. "Aquí—pensaba él—si no hallo nada que comer, sorprenderé al ménos á las fieras en sus guardías y les disputaré la presa que devoren; soy capaz de todo por salvar la vida á los hijos de mis entrañas. Caminé casi todo el día sin resultado alguno, hasta que al caer de la tarde, fatigado y abatido, se encuentra á la entrada de una cueva oculta en lo más intrincado del bosque. Penetra resuelto en ella, y apénas da algunos pasos, cuando tres hombres se arrojan sobre él amenazándole de muerte si hace resistencia.

El pobre campesino, sin inmortalarse, se deja llevar al interior de la cueva, que era una gran guarida de malhechores; y conducido á la presencia del capitán que le interroga, contesta: —Sin amigos, sin recursos, he huido de mi casa desesperado, porque no tengo pan que dar á mis siete hijos, ni envoltura para el que va á nacer, y no puedo verlos morir de hambre y de miseria. Había tal sinceridad en las palabras del infeliz campesino, tal expresion de verdad, tal acento de amargura en sus frases, que el capitán, por primera vez en su vida, se compadece del desdichado, y en medio del asombro de su gente, que no podía explicarse el cambio de su jefe, manda que se le deje en libertad, que le den provisiones, un bolsillo de dinero y un caballo, encargándole que le avise cuando nazca su hijo, porque quiere ser padrino en el bautizo.

Rebosando el corazón de alegría, el pobre campesino besa las manos de su bienhechor; monta á caballo y vuelve apresuradamente á su casa, donde halla un hijo más. Distribuye las provisiones entre sus hijos hambrientos, cubre la desnudez del recién nacido, y regresa otra vez á dar noticias al capitán, que le ofrece estar aquella misma noche en la iglesia de la cercana aldea para cumplir su promesa. En efecto: dos horas despues se dirige á la parroquia y se encuentra al capitán disfrazado de campesino, que saca al niño de pila, regalándole un bolsillo lleno de oro.

Algun tiempo despues muere el niño, como mueren los ángeles en la tierra, con la sonrisa en los labios y la inocencia en el corazón y asciende su alma para y sin mancha al cielo, cuyas puertas aprestárase á abrirle San Pedro.

El niño, al contemplar de los umbrales del cielo los resplandores deslumbrantes de la gloria de Dios, al escuchar los ecos dulcísimos de las voces angélicas que entonan el *Hossanna*, acompañadas de melodías inauditas, al sentir glorificada su alma con la posesion de la verdad y con el amor del Espíritu Santo, comprendió en un instante toda la plenitud de la felicidad que le aguardaba y que debía á su padrino, y á impulsos de una admirable generosidad se detiene á la entrada y dice:

—¿Dónde está mi padrino? porque yo no debo disfrutar de tanta felicidad sin ir acompañado de mi bienhechor.

—¿Quién es tu padrino?—le pregunta San Pedro.

—Un capitán de ladrones—contesta con sencillez el niño.

—Entra tú—le contesta sonriendo el Santo Apóstol—que en cuanto á tu padrino, ya veremos.

El inocente niño se llena de tristeza ó insiste en permanecer á la entrada mientras no le acompañe su padrino que le hizo cristiano y heredero del cielo.

La Santísima Virgen, que acierta á pasar por allí, viéndole tan afligido, le pregunta cariñoso:

—¿Por qué no entras, ángel mío? —Sin mi padrino, no—replica sollozando el niño. San Pedro entónces explica á la Virgen quién es su padrino, y el por qué no puede ser recibido en la mansion de los justos.

LA COPA DE ORO.

EL arrepentimiento es hijo del cielo, ha dicho Massillon, y en efecto, del cielo descende este precioso beneficio de la misericordia divina, que por sí solo ha producido esos portentosos admirables de que nos habla la historia del corazón humano, en los cuales la gracia divina los trasforma milagrosamente, inspirando el ejercicio de la penitencia ó los actos de caridad que asombran. Así vemos todos los días esos cambios admirables en las almas muertas para la gracia, que surgen á la vida eterna á la voz de la inspiración celeste, como Lázaro se levantó del sepulcro á la voz de Jesús.

Como prueba de lo que puede el arrepentimiento y de cómo premia Dios las obras de caridad hechas por su amor, voy á transcribir una preciosa leyenda que, aun cuando está basada en la ficción, no por eso deja de tener un gran fondo de verdad, puesto que la leyenda es la ficción postizada.

En una humilde choza situada en despojado vivía un pobre campesino que, con el corto jornal que su trabajo le proporcionaba, no tenía lo suficiente para mantener á su numerosa familia. Como era de esperar, llegó un día en que no tuvo ni aun pan para dar de comer á sus siete hijos de corta edad, ni con qué abrigar al octavo que iba á nacer. Era un cuadro verdaderamente lastimoso y triste el que se ofreció á la vista de aquel padre á que nos referimos. Los pequeñuelos le cogían de las manos, se le agarraban á la ropa ó se echaban en sus brazos, pidiéndole pan entre gritos y sollozos con esa insistencia tenaz é irresistible que produce el hambre, mientras que su esposa suspiraba y lloraba en silencio tendida sobre un monton de hojas secas, en el rincón más apartado de la cabaña.

El corazón de aquel infeliz padre se desgarró al presencia aquella escena desoladora, se sintió sin fuerzas para resistir tanta desventura, y loco, frenético por el dolor se

—Madre de las misericordias, compad... caea de mi padrino y dejadlo entrar con mi go en el cielo.

La Virgen sonre dulcemente y se aleja un poco para volver al instante con una copa de oro en sus manos.

Toma—dice al niño—ve á buscar á tu padrino y dile que llene esta copa de lágrimas de arrepentimiento, y si la trae llena, podrá entrar contigo.

El generoso niño vuela aahelante con la copa en sus manos, y desciende á la tierra en busca de su bienhechor.

El bandido estaba durmiendo sobre sus armas, y al despertarse sobresaltado, ve junto á él un hermoso niño rodeado de resplandores, con alas de plata y una copa de oro en sus manos.

—¿Qué sueño tan venturoso! murmura el bandido entre temeroso y confuso.

—No, no sueñas,—le contesta el niño,—lo que estás viendo es pura realidad. Yo soy tu ahijado. Al sacarme de pila me has proporcionado la felicidad eterna; y en agradecimiento vengo á buscarte para que participes de ella.

Y le refiere todo lo sucedido, describiéndole con indecible entusiasmo la suprema dicha que lo aguarda si se arrepiente de sus culpas: le pinta con exactitud pasmosa la gloria de Dios, el amor de los justos, y la paz del corazón y la inmensa felicidad que ha sentido en los umbrales del cielo, que él disfrutará igualmente si tiene dolor de sus pecados.

Un rayo de luz divina penetra en el alma de aquel facineroso; su corazón avezado al crimen y habituado á la crueldad, se enternece, brota el primer sollozo de su pecho y sus ojos comienzan á derramar torrentes de lágrimas.

El niño entonces redobla las súplicas, renueva la descripción de las delicias del Paraíso, recuerda la misericordia de Jesús con Dimas en el Calvario, á cuyas palabras el dolor que siente el bandido por sus culpas es tan agudo, tan penetrante, tan intenso y su arrepentimiento es tan vivo, tan profundo y tan verdadero, que se siente desfallecer y muere murmurando entre torrentes de lágrimas: —¡Perdon, Dios mío! ¡Perdon!

El niño, que había recogido sus lágrimas en la copa de oro, vuela con ella y el alma de su padrino al cielo, donde entran los dos para gozar eternamente.

PEDRO CLAVER Y BUENO.

VÉRTIGO.

Entre las grises sombras de su clausura No lloraba. . . ¡rugía su corazón! Famélica, insaciable, la desventura Con infamante sello su faz marcó.

Devoradora angustia le acometía Con inaudita fuerza, con seña tal, Que en su convulso pecho se retorció La iracundia clamando: ¡matar! matar!

Venganzas imposibles, furor estulto, Le brindaban salvaje, febril placer; Estallaba en sus labios procaz insulto, Y en sarcasmos viles burlaba al bien.

¡Cuán miserable y triste!... De su memoria Recuerdo pavoroso brotaba hostil; Recuerdo de una horrible, sangrienta historia, ¡De anhelos y locuras funesto fin!

Oh, sér desventurado! . . . ¿Qué voz amiga Diera alivio á su negra desolación. . . La sociedad recluye. . . la ley fustiga. . . ¡Y en vano hasta los cielos sube el clamor!

La codicia inyasora, tenaz, inquiere. . . Y azuza, y da á la mano traidor pañal; Acecha, explora, asalta. . . cobarde hiere. . . ¡Y á un alma abre sus puertas la eternidad!

Consumado el horrendo, nefasto crimen,

La sociedad herida se pone en pie. . . ¡Y aún atribulados los deudos gimeo, Por el que un tiempo fuera luz y sostén!

Consumó el asesino su vil proeza; Y hoy clama entre los hierros de su prisión: —¿Por qué la ley me oprime con tal fiera? Por qué me hirió el mundo? . . . ¿Dónde está Dios!

Sembró con mano aleva su desenredo Miseria, desventura, luto, orfandad; ¡Y hoy con espanto mira que el mal ajeno Fué el agua fecundante del propio mal!

Rompió toda barrera su desvarío; Le fué oprobioso yugo la religion. . . ¡Anhelos de ser libre! . . . ¡Como si el río No tuviera en su cauce curso mejor!

¡Pobre alma desquiciada, perpetradora De culpas que engendraron su suerte ruin! Nave sin rumbo cierto. . . Locomotora Que salió, con desastre, de su carril.

¡Pobre alma, desviada de su camino, Errando entre asperezas, sin fé, sin luz! ¡Cuán lejos! Oh, cuán lejos de su destino, En tan injusta guerra con la virtud!

Oh, triste delincuente! Cierra los ojos, Y la verdad angosta se niega á ver; Le inspira su infortunio fieros enojos, Y crece en sus entrañas su horror al bien.

A lo pasado vuelve su mente oscura, Y al ver las hondas huellas de su maldad, La radia se desborda con su amargura, Y es lava de blasfemias su horrible afán.

La luz no le ilumina de la conciencia; La conciencia, azorada con tanto horror, Se oculta, y deja á solas esa existencia Que rompe todo freno, que ofende á Dios.

Y así se deslizaba, con gran zozobra, La abominable vida del infeliz; Sin doblegar su furia, firme en su obra, Adusto murmuraba: morir! morir!

En los recios vaivenes de su extravío Nunca el origen supo ver de su mal: ¡La ley era un tirano de su albedrío! ¡Un monstruo de venganza la sociedad!

Rebeldes á los preceptos del alma pura, Era, ante el sufrimiento, cobarde y vil. . . Y, débil ya á los golpes de su tortura, Dió á la terrible escena violento fin.

En la lúgubre trama de su existencia, Jamás la propia culpa reconoció; Y de allí los rugidos de su demencia: —¿Por qué me oprime el mundo? . . . ¿Dónde está Dios!

ENRIQUE PÉREZ VALENCIA. México, 26 de Agosto de 1893.

TOQUE.

¡Do está la enredadera, que no tiende como un penacho su verdor oscuro sobre la tapia gris? La yedra prende su triste harapo al ulcerado muro.

¡Do está el césped gentil que no tapiza la tierra en torno del desierto albergue? ¡Do está el árbol simbólico y risueño que un tiempo fué para el lagarto gira, para el ave palacio, para el sueño canción de arrullo y para el viento lira?

Tronco desnudo, bajo el doble azote de la lluvia y del ábrego, se eleva; aguarda aún que de su costra brote arrollada y derecha la hoja nueva.

Y abierto en cruz como en señal de duelo semeja en medio de la hierba lacia, un esqueleto que levanta al cielo sus secos brazos, implorando gracia.

¡Oh, líneas gratas al sauz doliente! ¡Cuán lentas, cuán mermadas, cuán distintas, cuán lánguidas os miro al sol poniente, e cuyas luces reflejais las tintas!

¡Cuál se arrastra en el fondo del barranco vuestra corriente por las piedras rota, bajo el vapor que, como el humo blanco del perfumero en el santuario, flota! ¡Oh infansta soledad, que eres ejemplo de mudanza y dolor! ¡Con qué sombrío, con qué punzante júbilo contemplo ¡ay! que tu cambio corresponde al mío!

EL HERRERO DE LA ALDEA.

Bajo umbroso castaño arde la forja Y trabaja el herrero; Es aquella la fragua de la aldea; Hombre, él, fornido, entero, Manos disformes, fuerza gigantesca, Musculacion de acero.

Negros y enmelenados los cabellos, Faz cual robia curtida; Sudor honrado de su pecho lueve. Y así gana la vida; Mira á todos el rostro: nada debe Y nadie le intimida.

Quien pase por allí, temprano ó tarde, Oye el fuelle y vé el brazo Que sobre el yunque, con seguro y lento Compás, descarga el mazo, Y el golpe, á la oración, suena en el viento, Como fiel campanazo.

De la escuela al volver los rapazuelos Detienen en gavilla Ante la puerta, el fuelle á ver que anhela, Y la brasa que brilla, Y la chispa que salta y vuela Como paja en la trilla.

Sentado con sus hijos en la iglesia Está el domingo, fija La mente en lo que enseña ó reza el cura, Y la voz de su hija Que entre el coro aldeano vibra pura, Oye y le regocija.

Parécete ser voz del Paraíso, ¡La dulce voz maternal! Y con su diestra requemada, hirsuta, Lágrima enjuga tierna Al pensar en su madre, que disfruta De la quietud eterna.

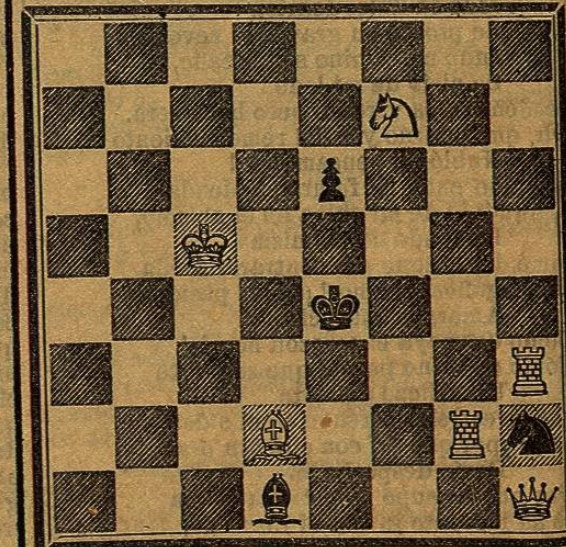
Comparte su vivir labor constante, Tristeza y alegría; Oada tarde concluye la tarea Que se impuso aquel día, Y blando sueño, al descansar, granjea, Por premio á su porfía.

M. A. CARO.

PROBLEMA DE AJEDREZ

S. LLOYD.

Negras.



Blancas.

Salen las blancas y dan mate en 3 movimientos. Solucion del problema publicado el domingo del corriente. 1. C 5 C—R 3 A.—2. T 7 T—R 4 A.—3. T 1 A—4. —Una variante.



ANGELINA.

NOVELA POR DON RAFAEL DELGADO.

(ESCRITA PARA "EL TIEMPO.")

(CONTINUA.)

XXII

Audi con toda puntualidad á la cita del abogado. Aguardé en la esquina próxima la hora señalada, y al sonar ésta en el reloj de la Parroquia me presenté en el despacho. El jurisperito, gran madrugador, había vuelto de misa y del acostumbrado paseo por la alameda de Santa Catalina, ó sea el Bosque Paneracero de la Vega, y muy instalado en su poltrona aguardaba la llegada de su nuevo amanuense.

—¡Adelante, joven!—dijo en alta voz.—¡Adelante! ¡Bien! ¡Bien! Me place la exactitud! Tome vd. asiento. Voy á decirle cuáles son aquí las obligaciones. No hay aquí mucho trabajo, pero bueno es que sepa vd., amigo mío, que aquí no se pierde el tiempo!

—Puede vd. ordenar lo que guste. . . —respondí, sentándome en una silla de ojo de perdiz, muy vieja y vacilante.

—Vendrá vd. á las ocho de la mañana, en punto, como ahora. A las ocho. . . ¿me entiende vd.? ¡En punto! Saldrá vd. á la una, hora de ir á comer. Por la tarde á las tres; en punto de las tres! Trabajaremos hasta las cinco. A esa hora puede vd. retirarse, á menos que tengamos algo extraordinario, entonces hasta concluir. Pero esto no sucede más que de tarde en tarde. ¡Está vd. conforme! ¿Sí? Pues bien, quedamos arreglados. Si al llegar vé vd. cerrado el despacho, señal es de que aún no vuelvo, ó de que estoy durmiendo la siesta. Entonces pide vd. las llaves á las niñas, y abe vd. Ahora, á otro punto. No quiero retribuir el trabajo de vd. como á los de-

más, de una manera eventual, á lo que caiga. Así lo hice con otros; pero con vd. será otra cosa. Le estimo á vd., y á su familia; y me complace en proteger á los jóvenes listos y de porvenir, por lo cual he decidido señalar á vd. un sueldo fijo. Así no queda vd. expuesto á contingencias nocivas para sus intereses. Hizo una pausa, me vió de arriba abajo, y agregó:

—Tendrá vd. quince pesos mensuales. Me parece que para empezar es una cantidad. . . muy decente!

Era una miseria, sin duda, pero, dadas mis circunstancias, aquella cantidad me pareció el premio gordo. En los términos más corteses contesté que agradecía yo el favor, y que procurraría corresponder á la confianza que se me dispensaba.

Castro Pérez me interrumpió: —Joven: me prometió hallar en vd. lo que tanto he deseado; lo que hasta hoy no pude conseguir. . . un escribiente activo, inteligente y útil. No perdamos el tiempo, en aquella habitación encontrará vd. lo necesario para escribir. Vamos á despachar, antes de que principien á llegar los clientes. Ya verá vd.; esto es arduo; no paro en todo el día. Esto parece un jubileo.

Se levantó y fuimos á la pieza contigua. —Tome vd. asiento. ¡En fecha! Voy á dictar un escrito.

Me puse en facha. Castro Pérez se caló una gorra de terciopelo verde, bordada de oro á manera de fez, con una gran borla que colgaba hacia atrás, balanceándose como un péndulo. Mi hombre se compuso las gafas, y con

las manos atrás, ocultas bajo los faldones de la resobada levita, principió á pasearse, mientras yo, papel delante y lista la pluma, me disponía á escribir. Después de largo silencio, durante el cual el jurisperito recogió sus ideas, tosó y se sonó con el inmenso pañuelo de hierbas, habló en tono muy enfático: —Ciudadano Juez. . . ¡Dos puntos!

Y yendo, y viniendo, Castro Pérez me dictó larguísimo alegato, en estilo pesado, difuso, verdaderamente fatigador, empedrado de latines y citas de las Partidas, que mi hombre se las sabía al dedillo, y lleno con los mil primores y maravillas de la jerga jurídica.

Castro Pérez alardeaba de ser un dictador de primera fuerza como César, Isabel de Inglaterra, Napoleón y el Arzobispo Munguía. Es verdad que dictaba sin tropiezos ni vacilaciones, sin que fuera preciso repetirle la frase anterior, sin que el amanuense le hiciera eco murmurando entre dientes la última sílaba de la palabra final; pero así salía aquello. Compadece de todo corazón al infeliz magistrado que tendría que echarse al colete el indigesto farrago, y temer que de puro aburrido sentenciara en contra de los patrocinados por Castro Pérez.

Leí en alta voz el alegato. Mi hombre quedó satisfecho.

—¡Bien! ¡Bien!—exclamó.—¡Mucha lógica! Veamos esos latines.

No les puso tacha. Entonces le hice observar, muy delicadamente, que se le había escapado una concordancia galega, una de aquellas concordancias por las cuales nos castigó tantas veces don Román.